

## ARTICULOS

# TENDENCIAS ACTUALES DE LA INVESTIGACION SOCIOLOGICA

## La pugna entre "Teoría" e "Investigación"

**SUMARIO:** *Las tres naciones que han dado un fruto sociológico colectivo: Alemania, Francia y Estados Unidos.—Pueden, sin embargo, agruparse en dos tendencias: la germano-francesa y la de Estados Unidos.—La corriente europea, más orientada a la construcción de sistemas y de ideas generales, «teoría»; y la corriente norteamericana, orientada al descubrimiento de situaciones y problemas particulares y concretos, «investigación».—La «investigación» tiende a desplazar a la «teoría» incluso de Europa; contra lo que ha sucedido otras veces en la Historia, ahora «victores victis leges dant».—Predominio en América del empirismo; preferencia casi exclusiva a las llamadas «técnicas de investigación», a la Social Research. También en el instante actual lo que más influye sobre Europa es el empirismo enragé; se puede hablar de una auténtica marshalización de la Sociología europea.—La tendencia a sustituir la teoría por la investigación no es un simple cambio de enfoque, sino un atentado a muerte contra toda ciencia social. La misión de una ciencia sociológica no es mostrar la individualidad transitoria de un proceso social, sino proveernos de los principios generales que permitan dominar ese hecho de una manera racional. Se explica la relación entre teoría e investigación con el ejemplo de la medicina; se está volviendo a una especie de «curanderismo» sociológico.—Intento de explicación de estas actitudes.—El clamor por lo concreto, refugio contra el desengaño ante lo abstracto; el cansancio filosófico de Europa y la admiración o adulación al vencedor.—Conclusiones: 1) la «investigación» tiene su valor, pero no se ha de sobrevalorizar; 2) la «investigación» no puede sustituir a la «teoría»; 3) la ciencia sociológica ha de ser ecléctica: combinación prudente de teoría e investigación; 4) hay algo que revaloriza la utilidad de la investigación, pero más allá del recinto de la ciencia: su gran importancia para la vida práctica.—Desgraciadamente, esta sencilla postura ecléctica no está suficientemente recogida por las tendencias actuales de la investigación sociológica, pero debería serlo.*

Cualquier intento de ordenación sistemática de los diferentes esfuerzos que se han hecho desde hace un siglo por crear y desarrollar una ciencia sociológica, no puede en modo alguno prescindir del aspecto nacional. Los cuadros de clasificación de las escuelas con arreglo a su inspiración filosófica o estrictamente teórica (Sociología biológica, mecanicista, histórica, etc.) resultan, a pesar de su aparente justificación lógica, tan insatisfactorios y aún más que los de distribución geográfica y política de las doctrinas (So-

ciología alemana, francesa, etc.). Por lo menos este último criterio tiene la ventaja de reducir al mínimo la arbitrariedad o el error en la ubicación de autores. Y dentro de este espíritu de sistematización puede asegurarse que, propiamente, hasta ahora sólo ha habido tres naciones que hayan dado un fruto sociológico colectivo digno de mención: Alemania, Francia y Estados Unidos. En los demás países lo único que puede comprobarse es una influencia mayor o menor de esas tres fuentes de inspiración sociológica y el esfuerzo aislado de algunos pocos pensadores, verdaderos francotiradores en la liza científica.

Dentro de aquellas tres grandes naciones, y pese a que entre Alemania y Francia pueden encontrarse diferencias notables, todavía puede apurarse más la síntesis clasificatoria oponiendo pura y simplemente la Sociología europea y la americana (norteamericana). Aunque Sombart haya opuesto el espiritualismo alemán al naturalismo «occidental» (aquí el «Occidente» empezaba a quemarse el Rhin), lo cierto es que la ciencia sociológica francesa se acerca bastante más a la germana que a la norteamericana. Centrada sustancialmente en torno del pensamiento de Emilio Durkheim, cuyas raíces teutonas supo descubrir Simón Deploige, lleva ella bien visible el sello peculiar de la especulación europea: la teoría abstracta y sistemática, en conexión inescindible con la Filosofía<sup>1</sup>. Mas como existe unanimidad de pareceres en reconocer la presencia de estos caracteres en las doctrinas alemanas, y como, por otra parte, hay la misma coincidencia en atribuir a las anglosajonas los caracteres opuestos de empirismo, pragmatismo e inclinación por lo concreto, podemos resumir nuestro punto de partida diciendo que, hasta ahora por lo menos, *la Sociología ha adoptado dos tendencias generales bien acusadas: hacia la construcción de sistemas y de ideas generales (corriente europea) y hacia el descubrimiento de situaciones y problemas particulares y concretos (corriente norteamericana)*. Un uso seguramente convencional de las palabras designa lo primero como *teoría* y lo segundo como *investigación*. Y se pregunta ahora cuál es la posición absoluta y relativa de estas corrientes en la actual coyuntura cultural, o sea al llegar el siglo a la mitad de su carrera.

Para precisarlo en forma expresiva nos vamos a permitir una brevísima digresión. Comentando Séneca la influencia que los judíos ejercieron, a pesar de haber sido vencidos, sobre las costumbres y métodos de vida de aquel tiempo, creyó oportuno destacar la paradoja de que los vencidos hubieran dado leyes a los vencedores: *victi victoribus leges dedere*. En realidad, este fenómeno de penetración o invasión cultural de los pueblos política y militarmente vencidos en el alma de los vencedores de inferior grado de espiritualidad, no se dió sólo en ese caso, sino que más bien constituye

<sup>1</sup> Podríamos traer aquí citas de Roger Lacombe, Luigi Sturzo, Jacques Lecerq y Georges Gurtich, por lo menos, demostrando cómo la doctrina de Durkheim remata en una clara posición filosófica, metafísica y aun teológica, muy afin a la de Comte y Hegel.

una ley histórica general (otros ejemplos mucho más significativos se dieron en el triunfo espiritual de Grecia sobre Roma y en el de China sobre los mogoles). Ahora bien: la situación cultural subsiguiente a la guerra de 1939-1945 ha de ser planteada y valorada con cuidado. Dejando aparte el mundo soviético, cuya ciencia sociológica se desenvuelve autónomamente, sin conexiones ni influencias con el mundo occidental, y acudiendo a las tres naciones rectoras de nuestra disciplina, desde luego podemos ubicar a los Estados Unidos de América entre los vencedores y a Alemania entre los vencidos. ¿Y Francia? Técnicamente, debería entrar, sin duda, entre los vencedores; pero si comparamos su situación política antes y después de la segunda guerra mundial, y pensamos que *post bellum* sólo han quedado dos auténticas grandes potencias, no será exagerado afirmar que *desde un punto de vista amplio y general la derrotada en la guerra no ha sido Alemania, sino Europa como unidad...* con la misma unidad que le atribuimos al hacer el balance del movimiento sociológico: Y, aplicando el esquema de Séneca y de esos otros ejemplos históricos, podríamos preguntar si también ahora se ha cumplido la misma ley sobre relación recíproca cultural entre el vencedor norteamericano y la vencida Europa.

A nuestro juicio, lo curioso del fenómeno es que ahora se han invertido los términos, y han sido los vencedores políticos los que, a despecho de traer un acervo cultural inferior, están imponiendo a los vencidos sus propias normas de pensar, sus peculiares *patterns of culture* teóricos: *Victores victis leges dant*. Lo que trasladado al terreno de las tendencias sociológicas quiere decir que *la «investigación» tiende a desplazar a la «teoría» incluso de Europa*. El fenómeno tiene mucha mayor gravedad de lo que suele creerse, ya que no implica un simple cambio de perspectiva en la concepción de la ciencia social, sino más bien una *sentencia de muerte* contra la misma.

\* \* \*

Si todo se redujera al deseo de vivificar acartonados sistemas especulativos con savia refrescante de la observación inmediata de los hechos; o, más exactamente, si todo consistiera en el reconocimiento del doble axioma de que: a) la elaboración de conceptos abstractos debe ir constantemente acompañada de la inspección directa de los hechos concretos sometidos a concepción; y b) esta inspección ha de estar rigurosamente controlada mediante técnicas precisas; entonces, decimos, no habría nada que oponer al fenómeno de recepción antes reseñado. Teoría e investigación marcharían de acuerdo, y cualquier polémica en torno de las mismas quedaría confinada en los detalles secundarios. En realidad, esto es lo que piensan y dicen los autores más sensatos y ponderados de ambos lados del Atlántico; *pero no es eso lo que constituye el núcleo principal de la corriente de influencia que invade el viejo Continente*. Y que sea así depende de una doble razón. En primer lugar, en el país de origen tiene más peso efectivo la opinión que condena y rechaza la teoría que la que estima que debe colaborar con la investigación; o, por lo menos, priva destacadamente el partido de los que

colocan la segunda por encima de la primera. En segundo término, en el ámbito cultural de destino los autores inclinan la balanza más aún en esa dirección.

1.º Cualquiera que se asome al panorama de la literatura sociológica norteamericana, echará de ver en seguida el predominio que allí tiene el empirismo como crudo examen de lo concreto. Sus revistas especializadas abundan considerablemente en «trabajos de investigación» sobre situaciones o hechos concretos y singulares, y son pocos los artículos que se dedican a exponer «teorías» desligadas del *hic et nunc*. Incluso cuando los sociólogos no tienen más remedio que hacer teoría —en los libros de texto y enseñanza— muestran especial preocupación por insertar gráficos, estadísticas, descripciones de sucesos singulares, etc., como si, por ejemplo, lo de menos fuera dar el concepto genérico del divorcio y su significación socio-cultural, siendo lo más importante que los alumnos sepan el número de matrimonios disueltos a principios de siglo en el Japón. Finalmente, cuando en ese gran país se elabora una obra de metodología se hace referencia casi exclusivamente a las llamadas «técnicas de investigación», a la *Social Research*, como si el único «camino» de la ciencia fuera el que conduce al análisis de datos concretos y no al descubrimiento de nociones y leyes generales. Es muy cierto que no faltan allí voces de protesta. En la *American Sociological Review* y en *The American Journal of Sociology* hemos encontrado muy interesantes artículos de Robert Bierstedt, Th. Abel, Robert Redfield, T. Parsons, R. K. Merton, etc., rompiendo lanzas en pro de la teoría; conocemos también algunas de las obras de los últimamente citados, en el mismo sentido, y hemos saboreado los magníficos textos de F. Znaniecki, P. A. Sorokin y P. H. Furfey sobre verdadera «teoría» y metodología sociológica. Pero seguramente estas voces, pese a su autoridad, son de las que claman en el desierto... aparte de que no faltan tampoco en algunos de esos mismos autores ciertos deslices que demuestran cómo el empirismo, verdadero *morbus theoreticus anglosaxonum*, es algo casi consustancial con el pensamiento de esa área cultural (así, la repulsa de los «sistemas» o «teoría general» por pensadores de la talla de un H. E. Barnes o un R. K. Merton).

2.º Es posible que, como entienden algunos, se esté produciendo en el nuevo Continente una saludable reacción antiempirista; no queda fuera de lo verosímil, incluso, que a la larga el espíritu de los vencedores americanos se deje seducir por la cultura europea, y con ello acepte los supuestos del racionalismo teórico; pero no es menos cierto que, en todo caso, en el instante actual lo que más influye sobre Europa es el empirismo *enragé*. También aquí sería de citar una ley según la cual lo que más se imita y recibe son las posturas extremas. Sólo así puede tener sentido que en naciones tan empapadas de vieja solera filosófica y científica se oigan voces pidiendo una Sociología «de lo concreto», el abandono del gabinete de estudio para adentrarse en el terreno del «trabajo sobre el terreno»... y que incluso autores de la envergadura filosófica y de la sabiduría sociológica de G. Gurvitch

se jacten de no haber construido todavía un «sistema», lo que sería contrario al hiperempirismo propio de la ciencia social<sup>2</sup>.

En resumen, Europa presenta al acabar la segunda guerra mundial un panorama muy parecido al de los Estados Unidos al término de la de 1914-1918: se tiende a abandonar los viejos y estériles sistemas, para entrar con entusiasmo por la vía de la investigación empírica. Aunque en el Plan Marshal no iba incluida la ayuda en ideas sociológicas y metodológico-sociales, la iniciativa privada y oficiosa se desvive por realizar una auténtica *marshalización de la Sociología europea*. ¿Qué juicio crítico debe merecernos esta tentativa?

\* \* \*

Muchos comentarios deben hacerse en torno del pleito investigación *versus* teoría; pero, a nuestro juicio, lo primero y principal que hay que presentar ante los ojos de los fanáticos de la primera es que, inconscientemente, al atacar a la segunda combaten aquello que para ellos es el supremo valor sobre la tierra: la «ciencia». No hay que olvidar que, en términos generales, los partidarios furibundos de las técnicas de investigación son adoradores de ese contemporáneo dioscello que ha venido a sustituir en veneración y prestigio al Dios de nuestros antepasados (ya Victor Hugo decía que «esto matará aquello», pensando en el libro y la catedral, respectivamente). Pues bien, *si teoría y ciencia son términos intercambiables o conceptos equivalentes, todo ataque contra la teoría es una apostasía contra la ciencia*. O dicho de otra manera: *la tendencia a sustituir la teoría por la investigación no es un simple cambio de enfoque en la Sociología, sino un atentado a muerte contra toda ciencia social*.

Nació ésta en su forma contemporánea como intento de aplicar a los fenómenos de la vida de relación interhumana los mismos principios y criterios que venían rigiendo desde el Renacimiento para las disciplinas físico-naturales (Comte); y aunque ulteriormente en muchos sectores se haya rectificado el naturalismo inicial y en otros se hayan adoptado posturas especiales distintas, creemos que todos los sociólogos estarán de acuerdo en admitir que el supuesto y el propósito de su especial tarea es captar la sociedad bajo el prisma de ese conocimiento que se llama ciencia positiva y empiriológica, en paralelo con lo que hacen la Física, la Química o la Biología con las parcelas del mundo objetivo que corresponden a su especialidad. *Ahora bien: en todas éstas lo que se hace es teoría y no investigación*. Su misión es el descubrimiento de fórmulas generales de desenvolvimiento

<sup>2</sup> No desconocemos que en el gran escritor ruso-francés —como en Hans Freyer y otros, también enamorados de la Sociología de lo concreto— el supuesto filosófico de ese empirismo no es el pragmatismo naturalista, como en América, sino el vitalismo en sus diferentes formas; pero en todo caso habrá que reconocer, por lo menos, que la descomposición del espíritu europeo por obra y gracia del irracionalismo ha preparado el terreno para la invasión de las corrientes puramente empiristas.

de los fenómenos (leyes) o la enunciación de proposiciones que definan con generalidad los hechos y cosas sujetos a nuestra experiencia (conceptos, categorías, tipos); y de ninguna manera el aprehender en su propia, intransmisible e irreproducible singularidad tal proceso o cuál cosa según se dan *hic et nunc*. Ningún libro de Física —salvo los manualitos de primera enseñanza— trae la temperatura media que hubo el año en que se publicó en la ciudad residencia de su autor; como ningún tratado de Fisiología expresa el promedio de glóbulos rojos de los habitantes de Chicago en 1900, 1910, 1920, etc. Sin duda, que los físicos y los biólogos han necesitado efectuar comprobaciones e investigaciones de ese tipo; *pero no llevan sus resultados al corpus de su ciencia*, ni menos aún pretenden que en ésta las abstracciones y generalizaciones deben ceder el puesto a las exploraciones sobre el terreno, a una Física o una Biología «de lo concreto», a los «hechos» mismos de la realidad. Cuando en Sociología, repetimos, se preconizan esas innovaciones, lo único que se hace es pedir la renuncia o el abandono de la *ciencia social*. Porque si ya toda ciencia, por serlo, es conocimiento abstractivo y general (en cuanto basado en conceptos racionales y no en intuiciones inmediatas concretas), la Sociología además, como ciencia «generalizadora», no podrá en modo alguno pasarse sin todos esos mecanismos del pensamiento racional que se combaten o menosprecian por el empirismo investigador.

Sería triste que la vieja Europa, pletórica de experiencia y sabiduría filosófica, no fuera capaz de descubrir el trasfondo epistemológico de esa glorificación de la *Social Research*. Una impresión somera podría conformarse con ver ahí una postura pragmatista, que antepone el *vivere* al *philosophari* y que asigna a la teoría, como único fin lícito y comprensible, la acción sobre las cosas y asuntos de la vida. No. Esa postura es perfectamente legítima dentro de una Epistemología severa, ya que respeta los fueros propios del pensamiento científico racional y separa, *comm'il faut*, pensar y vivir, teoría y práctica —su tesis será discutible en la Teoría de los valores como teoría de la vida, mas no en una Teoría del conocimiento—. Lo que subyace en las doctrinas que aspiran a invadir el Viejo Continente es algo más radical: primero, el desprecio de la especulación en sí, y segundo, *su menosprecio como instrumento para la acción*. Esto último es justamente lo que implica una flagrante contradicción con la fe positivista en la eficacia de la razón natural, o sea, una desviación sustancial de los métodos y espíritus de las ciencias naturales, que los autores en cuestión dicen servir lealmente.

Es indudable que la aplicación de la ciencia física supone tanto como acudir a los objetos materiales concretos para operar sobre ellos... *Pero la misión de la ciencia física no es enseñar a conocer esos objetos tal como son en su materialidad «concreta», sino enseñar ideas y leyes «generales» que nos hagan aptos para manipularlos y transformarlos de modo racional*. Paralelamente, la misión de una ciencia sociológica propiamente dicha no será mostrarnos la individualidad transitoria y eventual de éste o el otro proceso o grupo social, sino proveernos de los principios y teoremas genera-

les que nos permitan afrontar y dominar ese hecho de una manera racional. Pero eso es «teoría» y nada más. Si la Lógica fuera solamente una «teoría de la investigación» como cree John Dewey; si la ciencia consistiera, no en un cúmulo de conocimientos generales sobre fenómenos, sino en el método para la aceptación de situaciones concretas, según entienden esos ultrapragmatistas; entonces, decimos, habría que enterrar eso que desde los griegos viene llamándose pensamiento científico, teoría, etc.

Para comprender bien la relación entre «teoría» e «investigación» nada más aleccionador que meditar en el paralelo que se da en el campo de la Medicina. En cuanto ésta se ha configurado como ciencia, está constituida por una serie de conocimientos de carácter general y abstracto —principios y leyes de la Fisiología, la Patología y la Terapéutica— aplicables a un número indefinido de casos. Esos principios y leyes han sido obtenidos por la observación y el experimento controlados, por la meditación sistemática y racional y por aplicación de los obtenidos en otras ramas del saber (Química y Biología, sobre todo). Por todo ello, constituyen un genuino saber científico. Evidentemente, la Medicina es ciencia práctica o de aplicación y, por lo mismo, necesitará aplicar sus supuestos generales según las exigencias de cada caso singular, de cada enfermo; teniendo para ello que habilitar las correspondientes técnicas de exploración, auscultación, análisis, etc. *Pero a ningún médico se le ocurriría decir que el núcleo de su ciencia está constituido por las reglas técnicas de auscultación*, etc. Está muy bien que al tratar de sanar a alguien se aquilate lo más posible su exacta situación biológica concreta; pero esto también puede hacerlo un curandero sin dejar de ser un simple empirista o un supersticioso, siempre que después de ese conocimiento de lo concreto se limite a aplicar sus reglas irrazonadas e incontroladas. El ejercicio científico de la Medicina no depende primariamente del uso del termómetro, el estetoscopio, el electrocardiógrafo, de los análisis cuantitativos de sangre, etc., sino de que *después* el médico sepa aplicar al caso concreto así precisado los *principios generales* de la terapéutica, que son la verdadera ciencia.

Pues bien, cuando en Sociología se quiere recargar el acento sobre la fase de exploración de las situaciones sociales concretas (*investigación*), desdénando el descubrimiento de enunciados generales sobre el acaecer social (*teoría*), lo único que se preconiza es la renuncia al uso de métodos científicos para la reforma social, con vuelta a un retrógrado y antiprogresista «curanderismo». Un curanderismo, además, acaso peor que el practicado por los antiguos gobernantes fiados en su inspiración o el postulado por arbitristas irresponsables, ya que éste de ahora se presenta con ropajes de «científico» y, por lo mismo, asistido de la autoridad casi dogmática que el espíritu de la época atribuye a lo que así se denomina (aunque no lo sea).

\* \* \*

Réstanos ahora por sugerir brevemente un intento de explicación de la actitud «sociologuicida» (permítasenos la expresión) que el desprecio de la

«teoría» social lleva aparejada. A nuestro juicio, en Norteamérica ha operado una doble causa: el fracaso del propósito sociológico comtiano de reformar la Sociedad con métodos científicos análogos a los que, desde hace más de un siglo, van llevando al dominio de la Naturaleza; y, en conexión con esto, el espíritu nacional, poco propicio a la especulación y abierto casi exclusivamente al activismo y a la vida externa. Todavía se siguen oyendo voces que aseguran que en el terreno de los problemas sociales y políticos «puede salvarnos la ciencia»; pero los que así lo siguen creyendo piensan realmente en la ciencia natural, no en la social. La era atómica no se corresponde precisamente con un robustecimiento proporcional de las ciencias sociales —al menos en cuanto a su eficacia práctica—, y a la vez que crece la admiración por la Física, la Química o la Biología, se extiende, en contrapartida, un cierto desprecio por la Sociología, a que en vano se quiere acudir para que suministre leyes fenoménicas que permitan una dirección científicamente controlada del orden social<sup>3</sup>. El clamor por lo «concreto» es un refugio contra el desengaño ante lo «abstracto».

Más rigurosamente todavía, creemos ver aquí lo que podríamos calificar de *puerilismo compensador*. Como el niño que sueña con grandes hazañas bélicas que la realidad le veda y que sustituye por feroces batallas entre sus soldaditos de plomo, de igual suerte el creyente en la eficacia ilimitada de la ciencia no se ha conformado ante el fracaso práctico de la «teoría» social, y en su lugar se viene dedicando a «jugar a la investigación». Porque ¿de qué otra manera pueden calificarse esos enormes despliegues de medios materiales, esos gastos considerables de dólares y esos ingentes esfuerzos personales para llegar únicamente, como dice P. A. Sorokin, a «una penosa elaboración de verdades que ya eran evidentes»? Vemos a John A. Watson, el apóstol del behaviorismo psicológico, preconizando clínicas, casas cunas modelos y demás instituciones grandiosas y costosas para comprobar muy poco más de lo que un modesto padre de familia sabe sobre el «aprendizaje» existencial de los niños. Leemos con asombro en la obra de Roger Ph. Girod (*Attitudes collectives et relations humaines. Tendances actuelles des sciences sociales américaines*. París, 1953), las magnas encuestas dirigidas por G. Myrdall y S. A. Stauffer sobre «el problema negro» y el ajuste del soldado americano a la vida militar, que han venido a rematar en unas conclusiones que cualquier mediano conocedor del problema racial en Norteamérica y del espíritu de todos los soldados del mundo conocía

<sup>3</sup> En realidad, el fracaso de la ciencia social es sólo relativo, pues ya en ella —sobre todo en la ciencia política y en la económica— hay algunas formulaciones sobre leyes de acaecer bastante aproximadas y precisas. Lo que sucede es que, por muchas razones, esas leyes no se pueden aplicar; o, mejor dicho, hay muchos motivos por los cuales no se sigue la conducta que el enunciado de esas leyes aconsejaría; queremos decir que la aplicación de esas leyes, o las prevenciones para que no se cumpla lo que ellas prevén, es algo que no conviene a los poderosos, los cuales, por lo mismo, impiden el empleo pragmático eficaz de los conocimientos sociológicos.

ya por anticipado. Los conocidos «descubrimientos» a que dieron lugar las investigaciones en la *Western Electric*, sobre relaciones humanas en la industria, habrán sorprendido a los investigadores académicos, pero no creemos que sean nada nuevo para la mayor parte de los jefes de industria o directores de personal de las grandes empresas... En una palabra, la *Social Research* parece a menudo una especie de refugio pueril en que la fe científica trata de consolarse del desengaño que le produce la ineptitud relativa a la teoría social.

Europa no es un niño grande como los Estados Unidos de América, sino un viejecillo que cada vez se arruga más; pero si la biología de las edades comprueba un cierto acercamiento en los dos extremos de infancia y vejez, también aquí el espíritu anciano se halla en trance de contagiarse de la puerilidad. Juega aquí asimismo el factor de contemplación del fracaso pragmático de los grandes sistemas sociológicos en un momento en que la vida reclama angustiosamente soluciones prácticas; de suerte que si Europa no es constitucionalmente pragmátista, por lo menos el afán de acción y realización le viene ahora impuesto por la coyuntura histórica, dando lugar a un fenómeno análogo al del Nuevo Continente. A lo que hay que añadir como motivos privativos del nuestro el cansancio filosófico subsiguiente a más de dos siglos de racionalismo (sus manifestaciones sintomáticas son el existencialismo, el vitalismo, etc.) y, naturalmente, la admiración o adulación hacia el vencedor material y moral en la pasada guerra: *victores victis leges dant*, como ya decíamos. \*

\* \* \*

Nuestra conclusión final no ha de ser puramente negativa. En la dialéctica del pensamiento racional (que no es la dialéctica de las cosas), la negación o antítesis no debe ser valorada en sí misma y como una proposición final, sino como paliadora y refrenadora de los excesos de la afirmación o tesis, para, en combinación con ella, pasar a una síntesis constructiva y mucho más próxima a la verdad. Pues bien, nuestro propósito aquí ha sido esbozar la antítesis o negación en el pleito investigación *versus* teoría, poniendo en guardia contra los excesos irreflexivos de la primera. Frente al coro entusiasta de turiferarios, dedicados a ensalzar y pedir la cuasi omnipotencia de la misma y que, casi con saña personal, denigran la teoría abstracta (a veces pensando más en el acceso a los dólares que a la verdad), creemos que debe realizarse la voz de la lógica y del sentido común estableciendo cuatro proposiciones:

1.<sup>a</sup> La investigación tiene ciertamente su valor en la ciencia social; pero, entiéndase bien, «su» valor, sin que por ningún resquicio sea legítimo valorarla más allá de sus posibilidades. Sirve para establecer datos concretos de hecho —y aun ahí ha de combinarse con otras actitudes y actividades metodológicas—, siempre mucho más al servicio de verificación de hipótesis que del descubrimiento de ellas. Las encuestas, estadísticas, etc., suelen tener efectivo valor para comprobar objetiva e inequívocamente (en

lo, que cabe) ciertos juicios o supuestos surgidos ya en la observación cotidiana e incontrolada, que, no se olvide, sigue y seguirá siendo la primera fuente de información del sociólogo.

2.<sup>a</sup> Pero de ninguna manera la investigación puede sustituir a la teoría. Si así fuera, con ello no se llegaría a otra cosa que a *la destrucción o negación de la ciencia sociológica propiamente dicha*. Correlativamente, la *Social Research* no ha desplazado los clásicos métodos de formación de conceptos, teoremas y leyes generales preconizados por Aristóteles, Stuart Mill, etc. Aunque parezca enojoso, el sociólogo no podrá nunca desentenderse de las cuestiones de Metodología y Gnoseología.

3.<sup>a</sup> Como es natural, la verdadera fórmula para una ciencia empiriológica cual es la Sociología —que en cuanto «ciencia» ha de enunciarse en fórmulas generales y abstractas y en cuanto «empiriológica» ha de ceñirse a los hechos—, ha de ser la ecléctica: combinación prudente de teoría e investigación. O como dice Florián Znaniecki, el criterio debe ser caminar entre el *Carybdis* de la teorización sin más base firme que puras hipótesis dogmáticas y la *Scylla* de la masa irracional de la confusa y abigarrada información.

4.<sup>a</sup> Finalmente, hay algo que revaloriza la utilidad de la investigación, pero más allá del recinto de la ciencia. En cuanto determinación rigurosa de situaciones concretas, si no sirve mucho a la teoría pura, tiene en cambio una gran importancia para la *vida práctica*, o sea para la solución de problemas existenciales, no teóricos... como el uso del termómetro, el electrocardiógrafo o el análisis de sangre de un enfermo no añade nada a la ciencia médica, pero puede ser decisivo para salvar a un enfermo. Digan lo que quieran los sociólogos admiradores de la estadística, los cuestionarios, etc., ninguno, o casi ninguno, de sus conocimientos procede de esas técnicas de investigación; pero, en cambio, el político, el reformador social, el pedagogo de acción, etc., han recibido de ellas una serie de conocimientos verdaderamente utilísimos.

Como hemos repetido a lo largo de nuestro trabajo, no creemos desgraciadamente que esta sencilla postura ecléctica venga recogida por las tendencias actuales de la investigación sociológica; pero sí estamos seguros de que *debería ser así*.

ANTONIO PERPIÑA RODRÍGUEZ

Profesor de la Universidad de Madrid y Colaborador  
del Instituto Balmes de Sociología